

PARECIDOS DE FAMILIA*

El «excepcionalismo estadounidense» remite al carácter supuestamente único de Estados Unidos en el mundo. Tal circunstancia merece consideraciones tanto positivas, que encontramos en los escritos de muchos conservadores y liberales estadounidenses, como negativas, en las visiones críticas que suelen expresar autores foráneos, sobre todo izquierdistas y elitistas culturales. Por más veces que el argumento se haya visto ridiculizado, vuelve a surgir una y otra vez. Aunque en principio las comparaciones entre Estados Unidos y otros Estados deberían hacerse a una escala global, en la práctica se centran en las supuestas diferencias entre Estados Unidos y Europa occidental. Con *The Narcissism of Minor Differences*, Peter Baldwin se suma a una larga serie de contraataques estadounidenses contra las críticas al país expresadas por autores foráneos. Tiende a citar no sólo sociólogos, sino también periodistas y políticos, en particular los que escriben para las publicaciones de centro izquierda como *The Guardian*, *Le Monde*, *Der Spiegel* y *Tageszeitung*, así como escritores como Will Hutton y Emmanuel Todd, secundados por el cineasta Lars von Trier, que hace películas duramente críticas con Estados Unidos pese a no haber estado allí jamás. Sus ataques se centran en lo que el ex ministro de exteriores británico Robin Cook describió en 2004 como el «capitalismo asilvestrado estadounidense». En el sumario de Baldwin, tales críticos describen Estados Unidos como un país «duro, dominado por el mercado, infestado de delincuencia, violento, insolidario y presa de una despiadada competencia entre individuos».

Baldwin no se entretiene citando visiones estadounidenses positivas acerca del excepcionalismo de Estados Unidos o estudios comparativos serios producidos en Europa acerca de tales diferencias. Dice que le preocupan las «percepciones populares de la diferencia entre las dos orillas del Atlántico y el modo en que esas percepciones informan la prensa que consume el público que posee una cultura media». No hay nada malo en ello, por supuesto. Los periodistas son probablemente más importantes que los académicos, y lo cierto es que tales estereotipos están muy extendidos.

* Peter Baldwin, *The Narcissism of Minor Differences. How America and Europe are Alike*, Oxford University Press, Oxford, 2009.

En 2002-2003, cuando tuve ocasión de hacer una gira de conferencias por Europa atacando la política exterior de la Administración de Bush, hubo ocasiones en las que no tuve más remedio que defender Estados Unidos ante la contumacia de tales estereotipos.

El contraataque de Baldwin es muy sencillo. Su libro contiene 212 gráficos de barras y curvas –uno por página!– así como sus comentarios acerca de los mismos. Todos tienen el mismo formato de lectura fácil, lo que torna cristalina la comparación entre los resultados de Estados Unidos y los de cualquiera de los entre ocho y dieciocho países europeos en lo que atañe a indicadores sociales como la economía, el Estado de bienestar, la desigualdad, la delincuencia, la educación, el medio ambiente, el nacionalismo, la religión y la ciencia, entre otras áreas. De esta suerte, construye de modo acumulativo el argumento según el cual sólo en casos aislados Estados Unidos ocupa uno u otro extremo de tales indicadores y, mira por dónde, rara vez queda «fuera de la lista». Por regla general, los resultados estadounidenses reposan sólidamente dentro del espectro de los países europeos. Baldwin saca dos conclusiones de esto: la primera, que Estados Unidos no es excepcional; y la segunda, que Europa «no es un continente coherente o unificado», puesto que la gama de diferencias en su interior es mayor de lo que se suele apreciar. De esta suerte, «o no hay una identidad coherente, o de haberla, Estados Unidos es un país tan europeo como los candidatos habituales». Como respuesta a las simplificaciones periodísticas esto resulta perfecto. Pero como afirmación de una sociología comparada no es precisamente profundo.

Por supuesto, Baldwin tiene razón cuando dice que, puesto que Europa occidental contiene países avanzados con niveles de desarrollo a grandes rasgos similares a los de Estados Unidos, es obvio que se parecerán entre sí más de lo que cualquiera de ellos al resto de Estados. Desde el punto de vista de Tanzania o China, deben resultar bastante similares. Sin embargo, esto significa que los países menos desarrollados de Europa, en particular Grecia y Portugal, representarán a veces los casos extremos, algo que Baldwin no reconoce. Para él, decir –como hace reiteradamente– que Estados Unidos se coloca «dentro del espectro europeo» podría no resultar adecuado cuando la característica en cuestión varía con arreglo al grado de desarrollo y cuando los más parecidos a Estados Unidos son los países europeos menos desarrollados. Asimismo, Baldwin pone el listón muy alto para el excepcionalismo. Cuando, por regla general, se manejan datos de entre 12-18 países, lo probable es que uno o dos de ellos superen a Estados Unidos mientras que el resto no lo haga. Los casos, como veremos, más obvios a este respecto son Islandia y Luxemburgo, con poblaciones tan pequeñas que unos pocos casos pueden producir y de hecho producen valores extremos.

Junto a los datos de países, Baldwin incluye un despliegue de gráficos acerca de los resultados de estados integrantes de Estados Unidos de América, justificándolo con la observación según la cual esos estados son

comparables en tamaño a los países europeos individuales. Pero queda claro que lo que llevó a ese análisis fueron los resultados, puesto que estos revelan que estados como Misisipí podrían encajar en los estereotipos europeos, mientras que estados como Massachusetts a veces no encajan, puesto que se sitúan entre los países europeos con los mejores resultados. Tal es el caso, como cabía esperar, en áreas sometidas a la legislación de los estados y no a la federal estadounidense, tales como el matrimonio gay y el salario mínimo, pero también es cierto para otros dos parámetros, como la esperanza de vida y la tasa de homicidios (aunque no en el caso de la población penitenciaria). También habrá diferencias entre las regiones de los países europeos, pero como Baldwin no proporciona datos provinciales al respecto, no podemos establecer aquí las comparaciones necesarias, de tal suerte que los gráficos tienen una importancia escasa para su argumento general.

¿Cuáles son los hallazgos de Baldwin? El valor más extremo en cualquiera de los gráficos muestra un país con una tasa de encarcelamiento casi cuatro veces mayor que la de cualquier otro. No cuesta mucho adivinar que se trata de Estados Unidos, ni que su tasa de homicidios es casi dos veces mayor que la del segundo país con la cifra más alta. Estados Unidos es el único país incluido aquí que todavía mantiene la pena de muerte, y en el que los criminales pueden pasarse años esperando un destino incierto en sus tristemente célebres «corredores de la muerte». Sin embargo, como Baldwin muestra en varios gráficos, en lo que respecta a los delitos menos graves, Estados Unidos se coloca sólidamente dentro del espectro europeo. No se trata de que haya más delitos en Estados Unidos, sino de que sus delincuentes son más letales, al igual que la respuesta de su gobierno. Sin embargo, la combinación de actos de violencia grave ejercidos tanto por los delincuentes como por el Estado parece corresponderse a grandes rasgos con el negativo estereotipo europeo.

Los gráficos sobre la economía y sobre la desigualdad ocupan un lugar central en el estereotipo del capitalismo contra el cual batalla Baldwin. Sus datos muestran que Estados Unidos presenta el grado más bajo de regulación del mercado de trabajo, tal como señalan los críticos, pero sólo un poco menos que Dinamarca y el Reino Unido. Tiene mayor flexibilidad en el despido, pero sólo un poco más que el Reino Unido. Está prácticamente al mismo nivel que otros cinco principales países europeos, incluyendo al Reino Unido y Suiza, en lo que respecta a la flexibilidad de los contratos de trabajo. Estados Unidos presenta altos niveles de «libertad económica» –tal como la mide el Fraser Institute, un *think-tank* libertario radical con sede en Alberta– sólo por detrás de Suiza y el Reino Unido, y tiene menos control estatal de las empresas que cualquier otro país excepto Islandia. Esto concuerda con las descripciones de Estados Unidos como «neoliberal», aunque bien puede no ser el único a este respecto. A la luz de los recientes acontecimientos, podríamos añadir que Estados Unidos tiene el sector financiero más grande y, junto al del Reino Unido, menos regulado. Todas estas estadísticas parecerían confirmar la

imagen de Estados Unidos como el país más dominado por el capitalismo. No obstante, diversos datos cuantitativos sobre la fiscalidad presentados por Baldwin contradicen esa idea, puesto que Estados Unidos aparece en la mitad del espectro. Dos de sus impuestos son relativamente progresivos. El porcentaje de los impuestos pagados por el 10 por 100 más rico de la población y los tipos impositivos del impuesto de sociedades son ambos los más elevados de toda la serie. Tales resultados difícilmente pueden ser presentados como síntomas de un «capitalismo asilvestrado» o del excepcionalismo.

Sin embargo, estos datos presentan varios problemas. En primer lugar, Suiza a menudo aparece junto a Estados Unidos en los parámetros económicos más extremos. Por supuesto, son pocos los europeos o estadounidenses que asociarían a Suiza con la socialdemocracia o la regulación estatal; tenderían a pensar en cambio en los «gnomos de Zúrich» o en las cuentas bancarias secretas. En efecto, en otro gráfico de barras de Baldwin, que muestra el número de multimillonarios como proporción de la población total, Suiza no aparece; tiene más del doble de multimillonarios que el siguiente país, Estados Unidos, seguidos por Irlanda y el Reino Unido. Que en términos generales Suiza parezca más excepcional que Estados Unidos es interesante, pero no tiene mucho que ver con la discusión central.

Tal vez resulte más interesante el hecho de que el Reino Unido aparece regularmente junto a Estados Unidos en estos gráficos, y otro tanto sucede con Irlanda. Esto suscita una cuestión que tiende a romper la división neta entre Estados Unidos y Europa que emplean ambos bandos de la discusión. Remontémonos a la formulación original del excepcionalismo estadounidense, expresada claramente en el célebre título de Werner Sombart *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?* (1906). La pregunta era muy alemana, ya que Sombart contraponía Estados Unidos, donde había poco socialismo, con su patria, donde había mucho. Pero a este respecto la excepción era Alemania, no Estados Unidos. Ningún otro país del mundo contaba en esos momentos con un partido político y unos sindicatos marxistas tan grandes. Otros países, como Suecia, Dinamarca y Austria desarrollarían más tarde versiones más suaves del mismo, pero no se prestan a una comparación apropiada con Estados Unidos. Toda vez que al principio Norteamérica fue colonizada fundamentalmente por personas procedentes de las islas británicas, cabría esperar más similitudes culturales e institucionales con británicos e irlandeses que con alemanes y escandinavos, y más aún con Australia, Nueva Zelanda y Canadá, todos anglófonos (salvo Québec) y liberales, pero también sociedades de colonos como Estados Unidos. Ninguno de los países anglófonos ha conocido mucho socialismo, y todos sus movimientos obreros rechazaron explícitamente el marxismo. Estados Unidos no ha sido excepcional por su falta de socialismo si lo comparamos con países parecidos.

En los últimos años los estudiosos han distinguido dos o más «variantes de capitalismo» y de «régimenes de bienestar». (La literatura sobre el pri-

mer tema ha aumentado considerablemente, pero incluye como obras destacadas *Varieties of Capitalism*, de Peter Hall y David Soskice; la exposición clásica sobre los regímenes de bienestar es *The Three worlds of Welfare Capitalism [Los tres mundos del Estado de bienestar]*, de Gosta Esping-Andersen.) Una variedad y un régimen identificado siempre se halla constituido por los países anglófonos: Estados Unidos, el Reino Unido, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y, recientemente, Irlanda. Son «excepcionales», pero como grupo. Su «economía liberal de mercado» ha permitido una menor intervención del gobierno en los mercados, mientras que su «régimen de bienestar liberal» ha «desmercantilizado» menos las oportunidades de vida en la economía, toda vez que han desarrollado Estados del bienestar limitados cuyo disfrute está específicamente dirigido a los pobres y condicionado a la demostración de la falta de recursos económicos. En su conclusión, Baldwin se refiere brevemente a esta literatura, pero para mostrar que son muchos los desacuerdos a la hora de clasificar a los países. Parece que le cuesta reconocer que podría haber distintos grupos dentro de Europa. Sin embargo, las disputas taxonómicas atañen sólo a los países de Europa continental, y en particular en referencia a la cuestión de si en los últimos años los países mediterráneos han venido alejándose de los del norte de la Europa continental, entre los cuales encontramos también importantes variaciones. Todos están de acuerdo en que los países liberales o anglófonos forman un grupo, y que en los últimos años éste ha venido reforzándose a medida que el «sistema de protección social de cotización salarial» que era característico de Australia y Nueva Zelanda se hundió en las décadas de 1990 y 2000, y a medida que los gobiernos de Thatcher/Reagan y de Blair/Clinton convergieron en torno a una trayectoria neoliberal. De esta suerte, tal como afirmará cualquier político francés, el Reino Unido e Irlanda no son verdaderamente europeos sino anglosajones. Estados Unidos está dentro del espectro europeo gracias precisamente a sus vínculos con sus parientes y amigos anglosajones.

Los países anglófonos no siempre fueron así. La desigualdad en las sociedades avanzadas es el resultado de tres conjuntos separados de instituciones: mercados de trabajo, sistemas fiscales y transferencias de protección social. Hasta la década de 1960, el nivel general de desigualdad en los países anglófonos (medido por los coeficientes de Gini) era equiparable al de los países nórdicos; en conjunto, estos eran entonces los países más igualitarios del mundo. La razón de ello estribaba en parte en que los países anglófonos se cuentan entre los pioneros del Estado del bienestar, pero principalmente porque tenían los impuestos sobre la renta y sobre el patrimonio más progresivos (en gran medida resultado de las dos guerras mundiales). A lo largo de la primera mitad del siglo xx asociaron el liberalismo con una tradición laborista. Aunque Estados Unidos quedó rezagado al principio, llegó a adquirir buena parte de las características de los Estados del bienestar con el *New Deal*, y fue durante la Segunda Guerra Mundial cuando llegó a equipararse en lo que atañe a la fiscalidad. Sin embargo, puede decirse que más o menos después de la década de 1950 los

Estados del bienestar anglófonos no se desarrollaron mucho más, con la excepción de la breve agitación de la «Gran Sociedad» de Johnson y de la desviación de Canadá respecto a la norma anglosajona. En cambio, los Estados nórdicos, y más tarde los de Europa continental, desarrollaron mayores Estados del bienestar, pero los pagaron con una mayor proporción de impuestos sobre el valor añadido y de cotizaciones a la Seguridad social, que tienden a ser regresivas. No obstante, la desigualdad general en Escandinavia y en Europa continental descendió por debajo de los niveles anglosajones en las décadas de 1960 y 1980 respectivamente, a causa de las diferencias crecientes entre los Estados de bienestar.

Entonces llegaron las reformas fiscales regresivas de Thatcher, Reagan y el primer Bush. No obstante, los impuestos anglosajones no dejaron de ser moderadamente progresivos, tal como ponen de manifiesto los gráficos de Baldwin. Pero no son lo bastante progresivos para compensar el encogimiento de sus Estados del bienestar y la ampliación de los diferenciales del mercado de trabajo. La desigualdad en el mundo anglófono creció sustancialmente en las décadas de 1990 y 2000, mientras que los demás regímenes de bienestar apenas sufrieron cambios. Esto sucedió sobre todo en la parte superior de la escala de rentas. Los datos que aparecen en *Top Incomes over the Twentieth Century* (2007), de Anthony Atkinson y Thomas Piketty, que comparan el 1 por 100 superior con el resto de la población, ponen de manifiesto que las disparidades se redujeron a mediados del siglo xx. Pero después de 1970 se produjo una «gran divergencia»: es decir, no hubo cambios entre los países europeos continentales, pero se produjeron aumentos considerables de la desigualdad entre los anglosajones, sobre todo en Estados Unidos. Ello se debió más a las diferencias de renta que de patrimonio, pero la medida general de la desigualdad en la población total pone de manifiesto la misma tendencia. De acuerdo con los datos de la OIT, en 2005 el coeficiente Gini de Estados Unidos creció hasta doblar el de varios países nórdicos, mientras que el del Reino Unido le seguía a escasa distancia. De esta suerte, debemos esforzarnos en situar las estadísticas individuales en un contexto más amplio. Mi conclusión general no coincide con la de Baldwin ni con la de los europeos a los que ataca. Desde el punto de vista de la desigualdad, los países anglófonos no eran extremos en el pasado, pero lo son ahora, sobre todo Estados Unidos, que en efecto hoy puede ser considerado excepcional si lo comparamos con Europa occidental continental.

Probablemente sería imposible investigar las 212 tablas y gráficos de forma apropiada. Esto significa que algunos datos de Baldwin presentan problemas. Cabe encontrar ejemplos de ello en los dos aspectos de la fiscalidad relativamente progresiva de Estados Unidos que él discute: los impuestos que paga el 10 por 100 más rico y la tributación soportada por las sociedades. A pesar de la bajada de los impuestos individuales en el quintil superior, como grupo los ricos pagan más impuestos, porque impuestos más bajos significan un aumento del número de ricos que pagan impuestos. Los ricos pagan más impuestos porque ganan más. Aunque la proporción

de ricos permanece por debajo del 10 por 100 de la población, a medida que Estados Unidos fue tornándose cada vez más desigual en los últimos años, los ricos se han vuelto más ricos y su número ha aumentado. Los datos de la fiscalidad de las sociedades son más complejos. Baldwin dice que tales son los «tipos efectivos medios sobre el capital de las sociedades», proporcionando la fuente *OCDE en cifras*, 2007, páginas 58-59. Aquí son mencionados como «tipos superiores del impuesto sobre la renta de sociedades». Sin embargo, todos los tipos estadounidenses del impuesto sobre las sociedades son bastante hipotéticos, puesto que hay un número enorme de beneficios fiscales *ad hoc* a las sociedades y las industrias como resultado de la presión de los grupos de interés vinculados a las empresas. Un análisis del año 2003 acerca de los «Corporate income taxes in the Bush Years»(2004), realizado por Robert MacIntyre y T. D. Cooney, señalaba que el tipo medio nominal del impuesto de sociedades en Estados Unidos era del 35 por 100, no muy lejos de la cifra de la OCDE/Baldwin del 39 por 100 para 2004; pero casi todas las empresas obtuvieron rebajas fiscales que situaron el tipo real a tan sólo el 17 por 100. Sólo Irlanda tenía un tipo impositivo a las empresas más bajo que éste, que colocaría a Estados Unidos en una posición extrema (junto a otro país anglófono) en la dirección opuesta a la sugerida por Baldwin. Habida cuenta de que es altamente probable que otros países también se muestren benévolo *ad hoc* con sus sociedades, lo más seguro sería probablemente descartar sin más ese gráfico. Baldwin tiene razón cuando sugiere que, en la mayoría de los aspectos, el sistema impositivo estadounidense sigue siendo relativamente progresivo. Pero esto queda contrarrestado por los otros dos componentes de la renta, los diferenciales existentes entre los rendimientos del trabajo y las transferencias de bienestar social.

Cabe plantear algunas dudas adicionales en lo que atañe a la exposición que Baldwin lleva a cabo sobre tres asuntos que dominan los estereotipos negativos de los foráneos: el cambio climático, el ejército y la sanidad. Baldwin presenta numerosos gráficos sobre asuntos medioambientales: masa forestal, partículas atmosféricas, tratamiento de residuos, agentes orgánicos contaminantes del agua, consumo de electricidad, petróleo y energía solar, y muchos otros. Éstos ponen de manifiesto que los resultados medioambientales estadounidenses varían considerablemente, pero permanecen siempre dentro del espectro europeo. Podría añadir que en la década de 1970, la legislación y las prácticas verdes en Estados Unidos por regla general estaban más avanzadas que en la mayoría de países europeos. La lectura de los gráficos que lleva a cabo Baldwin pretende contrarrestar toda idea de que el «capitalismo asilvestrado» estadounidense es el principal obstáculo para la creación de un medio ambiente global sostenible. Sin embargo, la principal cuestión medioambiental que se cierne peligrosamente sobre el mundo es el cambio climático: el «calentamiento global» debido a las emisiones de gases de efecto invernadero. Baldwin tan sólo nos proporciona dos pequeñas medidas en detalle de éstos últimos –las emisiones de óxido de azufre y el dióxido de carbono, emitidas por los transportes–, aunque también rastrea cambios en las emisiones de

gases de efecto invernadero en el periodo 1990-2003. En las tres, Estados Unidos presenta resultados que se colocan en los niveles medios europeos o en parámetros ligeramente mejores, lo que significa que Estados Unidos mejoró sus registros en este periodo. Pero Baldwin no nos proporciona el nivel general de emisiones de gases de efecto invernadero per cápita o el nivel de emisión de dióxido de carbono per cápita, más fácil de medir y parámetro central del cambio climático. Estos datos revelan a Estados Unidos como un país extremo junto a Australia. El mismo informe de la OCDE referido más arriba y citado por Baldwin también proporciona datos comparativos acerca de las emisiones de dióxido de carbono per cápita para 2005. Entre los países incluidos en la discusión de Baldwin, las emisiones de dióxido de carbono per cápita de Luxemburgo eran (extrañamente) las más altas, seguidas por las de Estados Unidos, cuyas emisiones eran prácticamente dos veces más altas que las de cualquier otro país europeo o incluso que las de cualquier otro país excepto Australia y Canadá (en este caso no doy crédito a la similitud entre estos países y Estados Unidos respecto al liberalismo: extraen enormes cantidades de recursos naturales muy contaminantes).

Estados Unidos es uno de los principales obstáculos para la reducción de los gases de efecto invernadero, y hasta ahora su comportamiento ha sido considerablemente peor que el de los Estados integrantes de la UE. A este respecto no hay un caballo de Troya anglosajón en Europa, puesto que Gran Bretaña está también más avanzada que Estados Unidos. En la Conferencia sobre el cambio climático de Copenhague de diciembre de 2009, Estados Unidos (junto a China) bloqueó todo acuerdo y sobre todo repelió de un manotazo la tentativa europea de liderazgo sobre las cuestiones medioambientales. Además, el sistema político estadounidense –un sistema extraordinariamente polarizado y atorado sobre el cual Baldwin no proporciona ningún dato– no puede hacer que alberguemos la esperanza de cambio alguno, salvo que se produzcan grandes innovaciones tecnológicas que permitan una reducción importante de las emisiones, mientras todos seguimos con lo nuestro como si no pasara nada. Muy pocos investigadores medioambientales creen que esto sea posible.

Las cuestiones militares tan sólo merecen un tratamiento breve, aunque resultan importantes para la configuración del estereotipo de una potencia depredadora. Tan sólo aparecen dos gráficos. En gasto militar como porcentaje del PIB, Estados Unidos aparecen en segundo puesto, detrás de Grecia (!), pero muy por delante de los dos siguientes países: Francia y el Reino Unido, las dos potencias nucleares de Europa. En segundo lugar, en lo que respecta al tamaño de sus fuerzas armadas como proporción de la población total, Estados Unidos se coloca en el medio, junto al Reino Unido, con Francia bastante por detrás. Finlandia y Grecia se sitúan en la parte superior. ¿Son estos los parámetros adecuados de una potencia militar relativa? De hecho, Baldwin afirma que «sin duda alguna la potencia y los gastos militares estadounidenses no admiten comparación», pero no tarda en añadir que no «se sitúa completamente fuera del espectro europeo». «Si

que lo está», tenderíamos a responder por nuestra parte: su arsenal nuclear de más de 5.000 cabezas; sus cifras de barcos y aviones; sus 7.000 aviones no tripulados Predator; su capacidad de destrucción; su gasto militar total –que en la actualidad asciende al 48 por 100 del total mundial– y la magnitud de sus intervenciones militares hacen que parezca pequeño lo que cualquier país europeo o en realidad cualquier país pueda acumular. En cierto modo Baldwin se las ha arreglado para trivializar un área de la política que desde luego pone de manifiesto que Estados Unidos, la superpotencia solitaria, es el Estado más excepcional.

El sistema sanitario estadounidense también ha sido el blanco de las críticas foráneas. Baldwin contraataca de nuevo con numerosos gráficos, en alguno de los cuales Estados Unidos presenta muy buenos resultados, mientras que en otros éstos son muy malos. Estados Unidos está en primer lugar en tasas de cáncer, mientras que sus varones son, con mucho, los más obesos. Por otra parte, las mujeres estadounidenses tienen mayores probabilidades de sobrevivir a un cáncer de mama durante más tiempo que las mujeres de cualquier otro país. Sin embargo, probablemente estemos ante un artefacto estadístico: Estados Unidos ostenta la tasa más alta de mamografías, respecto a la cual la mayoría de los especialistas de la salud cree ahora que dan un número muy grande de «falsos positivos»; de esta suerte, la supervivencia de las mujeres que se han sometido a las pruebas hincha la tasa de supervivencia aparente. Lo que resulta más perjudicial es que Estados Unidos tiene la tasa más alta de mortalidad infantil, junto al Reino Unido, Irlanda, Luxemburgo y Austria en segundo puesto. Sus tasas de esperanza de vida de hombres y mujeres están en la parte baja, aunque, como dice Baldwin, están «dentro del espectro europeo». Sin embargo, éstas son estadísticas muy pobres, considerando que el total del gasto médico per cápita de Estados Unidos es más de un 50 por 100 más alto que el de cualquier otro país del mundo. La combinación, típicamente estadounidense, de una sanidad basada en la ganancia y de una mayoría de aseguradoras privadas y de burocracias hospitalarias, sumado a su tolerancia respecto a los altos precios de los medicamentos y los elevados beneficios, da a su sistema sanitario un carácter resueltamente capitalista y corporativo. Es ineficaz e injusto, y verdaderamente excepcional.

Baldwin plantea un argumento adicional en el que cuida las palabras. Señala que en áreas tales como la sanidad, la delincuencia y la educación, los resultados de Estados Unidos mejorarían de forma significativa si se excluyera a la parte afroamericana de la población. No sugiere que deba hacerse. En su lugar lamenta el hecho de que los efectos de la esclavitud y la segregación continúen en cierto modo entre nosotros. Señala también que la falta de homogeneidad cultural en Estados Unidos es una razón importante de que las prestaciones sociales universales sean algo raro. Probablemente tiene razón. La investigación comparativa muestra que la homogeneidad étnico-religiosa tiene una correlación positiva con la generosidad de los derechos a las prestaciones sociales. Por supuesto, en las

medias estadísticas siempre hay excepciones individuales, y el Reino Unido es una de ellas. Baldwin conjetura brevemente, como han hecho los estudiosos europeos, que las últimas oleadas de inmigración multiétnica acaecidas en Europa pueden reducir las diferencias entre los sistemas de bienestar de Europa y Estados Unidos. Tal vez sea esto lo que suceda.

En la otra cara de la moneda, resulta sorprendente que Baldwin no saque más partido de los aspectos positivos de la multiétnicidad estadounidense. Sólo tiene tres gráficos al respecto. Tal vez a él mismo le sorprendan los datos que muestran que Estados Unidos se sitúa por detrás de Suiza y Luxemburgo en cuanto a la proporción de la población que ha nacido en el extranjero. Los otros dos muestran que Estados Unidos presenta la brecha más pequeña entre las calificaciones en matemáticas de los alumnos nativos y los nacidos en el extranjero, y la segunda distancia más pequeña (por detrás de Suecia) en cuanto a capacidad de lectura. Ahora bien, ¿por qué no se enfrenta a los europeos hipócritas cuyos sistemas de bienestar a veces excluyen a los inmigrantes y cuyos votantes han seguido los pasos de Estados Unidos respaldando a partidos secretamente racistas?

Hay otros capítulos positivos de Estados Unidos. El país es el primero en gasto per cápita en educación, sobre todo en las universidades, que dominan las clasificaciones mundiales y son, sin duda, excepcionales. Es el primero en concesión de patentes y en libros vendidos. Sorprendentemente, ocupa sólo el quinto lugar (entre los diez países de los que hay datos disponibles) en ganadores de premio Nobel per cápita, pero es el primero en números absolutos, y cabe imaginar que importa un cierto número de ganadores foráneos (Baldwin no proporciona datos sobre ninguno de estos aspectos). Estas estadísticas serían más relevantes para el dinamismo científico del país. Además, parte de su fuerza multiétnica consiste en que cuando sus departamentos de ciencias y de ingenierías no producen suficientes licenciados de talento, los importa de una manera que ningún otro país puede igualar. También resulta sorprendente que Baldwin no presente datos acerca de la dominación cultural estadounidense: películas, televisión, comida rápida, etc. Seguramente en este área podría haber pasado un buen rato estadístico ridiculizando el esnobismo cultural europeo comparado con las preferencias reales de las masas europeas.

Pero probablemente el libro tiene suficientes gráficos tal como está. Con independencia de las críticas que puedan dirigirse al mismo, es una fuente abundante de datos comparativos que habría que recomendar encarecidamente a los amantes de las tablas de clasificación de los campeonatos, a quienes quieren comparar los resultados de su país con los de otros o apreciar la variedad misma de las prácticas sociales. Los gráficos siempre resultan fascinantes y a veces entretenidos. ¿Sabían que los estadounidenses ocupan la segunda posición, sólo por detrás de Islandia, respecto al número de aquellos que afirman haber tenido relaciones sexuales con otras dos personas en una cama? ¿O que ostentan el primer puesto junto a los irlandeses, por delante de Gran Bretaña, en el porcentaje de

aquellos que afirman haber tenido al menos una experiencia homosexual? A pesar de los estereotipos televisivos (y estadounidenses y británicos son los primeros en horas pasadas ante el televisor) Estados Unidos aparece rezagado en cirugía plástica: Suiza ocupa el primer lugar mientras que el último corresponde a Gran Bretaña. Estados Unidos es un país relativamente sobrio, siendo los suizos de nuevo los que ingieren más alcohol. Francia destaca a todas luces en el consumo de «vinos excelentes» (y de quesos, añadirían los franceses), pero Estados Unidos ocupa netamente el segundo lugar (la verdad es que con arreglo a las estimaciones del enólogo estadounidense Robert Parker). Resulta digno de mención hasta qué punto el feminismo estadounidense ha tenido un impacto tan desigual: las mujeres estadounidenses superan a las europeas respecto a la obtención de altos cargos públicos y directivos, y sin embargo tan sólo superan a Italia y a los países europeos menos desarrollados económicamente en cuanto a representantes parlamentarias.

Estados Unidos tiene muchas virtudes y muchas rarezas. Sin embargo, también parece encajar con los atributos específicos del «capitalismo asilvestrado», esto es, una búsqueda desenfrenada del beneficio en los mercados, un Estado del bienestar menguante, una desigualdad que se intensifica, violencia ejercida tanto por los delincuentes como por el Estado, en el interior y en el exterior. Una visión bastante más matizada de Estados Unidos en tanto que país que tiende al capitalismo asilvestrado y el militarismo resulta mucho más atractiva, incluso después de haber consultado los gráficos de Baldwin. Soy reacio a pensar en Estados Unidos como un país verdaderamente excepcional, a causa de los caballos de Troya anglófonos. Prefiero la investigación académica al periodismo, y sobre todo a los comentarios negativos de aquéllos que nunca han vivido en Estados Unidos. Aunque aprecio la amplitud del esfuerzo investigador de Baldwin, no creo que haya demostrado su tesis, salvo contra sus oponentes más ingenuos.